

blezca en el 4.º año de la instrucción primaria elemental, la enseñanza de la Higiene, en lo relativo al modo de propagación de las enfermedades transmisibles y á la manera de evitar esa propagación; que restablezca la misma enseñanza en la instrucción primaria superior, y que la introduzca en la Preparatoria, siquiera formando parte de los programas de botánica y zoología y en la parte primaria de las Escuelas Normales.

2.ª Convóquese á un concurso para la formación de una cartilla apropiada á las condiciones de la instrucción primaria elemental, y que enseñe cómo se hace la propagación y la profilaxis de las enfermedades transmisibles. El premio será el que fije la Academia. El plazo será de seis meses y las demás condiciones serán las mismas de nuestro concurso anual.—*Manuel S. Soriano*, Presidente.—*D. Orvañanos*.—*Luis E. Ruiz*.—*Ismael Prieto*, Relator.

## OBSTETRICIA

### Necesidad de la sobrevigilancia médica en el puerperio.

Cuando se reflexiona en el carácter, en el sello especialísimo de las antiguas prácticas obstétricas, y se le compara al de aquellas que hoy sanciona la experiencia, se viene con facilidad al convencimiento de que entre unas y otras existe un verdadero abismo. No solamente, en efecto, aquel aforismo; «*Paciencia, paciencia y cerato*» que en pintoresca frase retrata la Obstetricia de antaño, es la antítesis de este otro: «*Paciencia, paciencia y antiseptia*» que, á mi ver, debe significar el distintivo relieve de la de ogaño; no sólo hay notoria, infinita distancia entre la tarea de exclusiva destreza con que el tocólogo ponía sus manos á la contribución exploratoria, diagnóstica y tocúrgica, sin preocuparse, en lo más mínimo, del aseo sino á la postre de su faena (y ésto nada más cuando aquella tenía por objetivo los órganos genitales internos) y los nimios escurpulosos cuidados á que ahora se sujetan, el dedo que explora, la mano que opera, y la región en que se obra; sino que al lado de estas divergencias enteramente capitales, hay numerosas otras de detalle. Concretándome á las que ata-

ñen al puerperio, ¡cuántos de los presentes han alcanzado, como yo, aquella época en que la partera, limitando sus servicios á la sola práctica de lavatorios vulvares con cocimiento de malva y rosa de Castilla, los daban por terminados tan luego como caía el cordón umbilical; como si tal fenómeno, dependiente sólo de circunstancias bien conocidas entre las que al feto se refieren, pudiera en algo reflejar el estado del canal vulvo-uterino!

De este triste papel de la comadrona puede colegirse el del médico, nulo en muchos casos, por considerarles enteramente fisiológicos, limitadísimo en los demás, á causa de las ideas reinantes, y de todas maneras llevando á la puérpera, como con la mano, al abandono prematuro de la posición horizontal, con sus comunes efectos de subinvolución uterina y lóquios sanguinolentos perdurables que, todavía á la fecha, no falta quien conceptúe fenómeno obligado de toda la cuarentena del sobreparto.

Fué positivamente benéfica la reacción que, bien pronto, hubo de sobrevenir, demostrando: que si los cuidados que han de impartirse al niño no son de desdeñarse, su importancia cede en todo el puesto á los de la madre; y con tal motivo la asistencia de la partera al puerperio natural tuvo que prolongarse hasta el momento de dejar la puérpera el lecho, época más ó menos arbitraria, al principio, pero que se hizo coincidir, después, con la desaparición del fondo uterino en la zona hipogástrica.

Esta conducta, unida á una convicción más clara de la urgente intervención médica en el período puerperal constituye con los descubrimientos de Semelweis, de Lyster y Pasteur la pauta á que el partero se sujeta, há muchos años.

Mas á pesar de lo legítimo del progreso, y aunque, á veces, él pueda bastar, la propia experiencia y la ajena observación me han demostrado que no sucede siempre así.

Desde luego, si ningún incidente puérperal ha sobrevenido hasta que el útero se esconde tras la sínfisis púbica, nada más fácil que se produzca, desde que al decúbito horizontal reemplaza la postura vertical.

¡Cuántas veces, aparecen entónces y solo entónces, los primeros síntomas de la flebitis crural, que la paciente toma por efectos del cansan-

cio ó de un enfriamiento, que abandona ó exagera con empíricos cuidados, y que, bien pronto, la obligarán á volver á su lecho, donde acerbos dolores, cruelísima inmovilidad y tenáz calentura han de colocarla al borde del sepulcro, dejándola como reato común un pertinaz edema que puede acompañarle, toda su vida!

Si el cambio de posición de la púerpera favorece, en determinadas circunstancias, la entrada de la matriz á la excavación, me consta que, con frecuencia, este fenómeno no se obtiene sino á costa de la dislocación del órgano que, dirigido adelante ó atrás, invertido ó doblado, retiene los lóquios, comprime la vejiga ó el recto, y se encuentra siempre al estado de congestión pasiva.

No es raro que el goce de abandonar la cama, preocupación diaria de la mujer en el sobreparto, se vea turbado por trastornos de anémia cerebral, más ó menos importantes, y que los desechos del canal genital, hasta ahí serosos ó mucosos, se tornen sanguinolentos; siendo dable á solo el médico investigar su causa y oponerles el propio tratamiento.

Estos ejemplos que, sin duda, podrán multiplicarse, bastan á mi juicio, para demostrar: que retirarse el tocólogo, á los diez ó quince días, cuando habitualmente pasan los incidentes de que vengo hablando, es lo mismo que huir del enemigo, precisamente en los momentos en que puede dirigir certeramente sus ataques. De ahí la costumbre que sigo, hace tiempo, de vigilar y hacer vigilar por la partera los resultados del nuevo decúbito.

Una rutina, cada día menos justificada, asigna al puerperio una duración de cuarenta días, y señala este término como el de la clausura de madre é hijo, sin dar importancia alguna á la primera salida de aquella, que há de abrir la puerta á todos los inconvenientes de la ordinaria vida femenil.

Y, sin embargo, fácil es figurarse todo lo que habrá podido acontecer en los órganos sexuales, en el interregno que separa el reposo relativo en el sillón, de la deambulacion libre y abandono á las influencias exteriores.

Por tal motivo, acostumbro, también, la exploración del aparato genital, el día víspera de la salida, prohibiendo esta si hay el menor acontecimiento patológico que la impida.

Mis ideas y hábitos sobre el particular han su-

bido de punto, desde que, ha más de un año, pude imponerme de un artículo publicado en "La Semana Médica" de París, que el autor intitula: "Tratamiento prolongado del puerperio como medio profiláctico de las afecciones ginecológicas."

Idea corriente y común entre los ginecólogos es la que atribuye á los padecimientos de su incumbencia funesto origen en la mala asistencia de partos y abortos.

Pero, aparte de tan lógico y sólido apoyo á la tésis que defiende, y que extiende notablemente el campo de la observación tocológica, haciendo suyo todo ó casi todo el período puerperal, hay, todavía, á mi juicio, otro que deriva forzosamente del primero.

Cuando por la voluntaria abstención de los recursos médicos, ó á pesar de su benéfico influjo aparece cualquiera de esos trastornos tan penosos que el vulgo califica con el nombre générico de enfermedades de cintura, á la profilaxis debe hacer lugar la terapéutica, que será tanto más segura cuanto más temprano se interpongan sus multiples recursos.

Procediendo del exterior al interior, lo primero con que puede tropezarse es la desgarradura perineal, asunto, todavía, de culpable negligencia para muchos, que no se vé ó no quiere verse, y que causando en su comienzo simples molestias, escoriación ó dolores de las partes no afrontadas, acarreará, más tarde, el prolapso de la vagina, el descenso del útero, y la infección posible de los órganos expuestos al contacto del aire.

Los flujos y laceraciones vaginales, más desdichados aún que los del perineo, no son por eso menos dignos de atención y debido remedio.

Las desgarraduras del cérvix, con su cortejo de cervicitis catarrales, ulcerosas ó vegetantes, merecen, ya por sí mismas, ya por el incremento que sufrirán en partos ulteriores, un cuidado muy especial, profilaxia de trabajos distócicos, de serias incomodidades y operaciones importantes para la mujer.

Las hemorrágias, debáanse á ulceraciones del cuello, á congestiones ó mala dirección de la matriz, y, más comunmente, á su subinvolución, perturban la marcha y retardan el fin del puerperio.

Entre los accidentes más molestos, privilegio del sexo femenino, descuellan, sin duda, los que

resultan de una situación viciosa del útero, que á su rebeldía y evidentes sinsabores reúnen la suma facilidad con que se originan *post partum*, ya como repetición de anomalía préexistente, ya por la flojedad y aumento de peso que entonces caracteriza al tejido uterino, ó aún por la falta de sostén del tabique inferior de la pélvis.

Las inflamaciones del perimetrio no escasean en la puerperalidad, sin que hayan sido reveladas por otros síntomas que ligerísima reacción de unos cuantos décimos de grado, y algun adolorimiento vago del vientre, á época en que pueden atribuirse á perturbaciones diversas, pero de aquellas que entran en el cuadro del puerperio regular; y aunque creo, como otros, que las ideas de Emmet sobre la constante relación de efecto á causa entre la perimetritis y las heridas del cervix son cuando ménos exageradas, hay que convenir en que en el caso especial que estudio, alguna importancia debe tener este factor, al lado de una de esas infecciones atenuadas que se propagan por la vía línfatica.

Por último, la parálisis de la vejiga, resultante de un alumbramiento laborioso, generalmente pasajera é indemne, suele dejar tras sí, sobre todo cuando há resultado de cateterismos repetidos, alteraciones de la mucosa que cuentan entre los padeceres más penosos.

Si al lado de todos estos posibles reatos de la parturición se tiene en cuenta el olvido y ordinaria remision de las pacientes en acatar las prescripciones facultativas, se verá la conveniencia, la necesidad de que el médico se constituya en un vigia del puerperio, encarrilándolo en los límites de la salud, previniendo todo lo que pueda tocar á los confines de la enfermedad, y combatiendo ésta, desde sus primeros bosquejos.

México, diciembre 4 de 1901.

M. GUTIÉRREZ.

## HIGIENE PÚBLICA

### Los habitantes de la Ciudad de México deben cooperar para la extinción de la plaga de los moscos.

Con motivo de lo que ahora se sabe respecto de la transmisión de la fiebre amarilla por medio de cierta especie de mosquitos, así como también de las fiebres palúdicas por otra, me ha venido á la imaginación si no sería posible que la transmisión de muchas de nuestras enfermedades infecciosas fuera debida, entre otras causas, al *Culex-pungens*, el cual, emigrado á nuestra capital desde el año de 1885, se ha propagado de una manera prodigiosa en algunos rumbos de la ciudad y amenaza sentar sus reales definitivamente si no se usan medidas enérgicas para extinguirlo.

En los Estados Unidos del Norte, de donde es originario este insecto, se le ha tenido siempre por inofensivo, y así ha de ser generalmente, dadas las buenas condiciones higiénicas de la mayoría de las ciudades de la Unión Americana; pero es muy posible que en lugares infectados, como es el caso desgraciadamente para nuestra capital, no sea lo mismo. Es tanto más de temerse esto, cuanto que, según las últimas observaciones de Howard, verificadas en los mismos Estados Unidos, la mosca común misma puede transmitir, según está perfectamente averiguado, la fiebre tifoidea.

El señor Ulrich, de la ciudad de León, dice lo siguiente: (1) «Hay multitud de circunstancias que influyen para que el piquete del zancudo produzca un mal efecto notable en un individuo: la predisposición de éste, sus costumbres, acaso también la raza. Hay personas á quienes el piquete les ocasiona sólo un ligero escozor y deja como huella un puntito rojo que desaparece después de pocas horas, en tanto que á otras les produce dolores agudos y la formación de una verdadera pústula; he visto á dos niños, uno de año y medio y otro de diez meses á quienes los numerosos piquetes de zancudos, les ocasionaron

(1) Boletín de la Comisión de Parasitología Agrícola, Tom. I, Núm. 2.